



LAS SEIS CARENCIAS BÁSICAS DE LA FILOSOFÍA GRIEGA: LA CREACIÓN EXNIHILO Y LA NADA

Autor: Dr. Emeterio Gómez
emeterio@emeteriogomez.com
emeterio@cantv.net
Universidad Central de Venezuela
Caracas, Venezuela

Preámbulo: Muy al principio, guiados -o mal guiados- por un residuo de pugnacidad estéril que no hemos podido eliminar de nuestro espíritu, habíamos pensado llamar a este libro *Jesucristo versus Aristóteles*. Rápidamente nos percatamos de que semejante dosis de confrontación y agresividad no cuadraba con la magnanimidad de los dos personajes y mucho menos con la mansedumbre del Hijo de Dios. Luego, un amigo muy querido, Pancho Rivero, profundamente cristiano, al referirse al proyecto de libro habló de *Jesucristo interpela a Aristóteles*. Nos cautivó inmediatamente este título porque -tal vez diciendo lo mismo- era bastante más suave que el anterior.

Luego, otro querido amigo, también intensamente cristiano, Alfredo Salgado, nos sugirió que nos quedáramos con *Jesucristo le habla a Aristóteles*. Su argumento: que el verbo interpelar -aunque menos fuerte que la palabra versus- tiene todavía resonancias conflictivas; que significaba “pedir o exigir explicaciones” y que ello tampoco cuadraba con ninguno de mis dos personajes. Que Jesucristo **interpelara** a

Aristóteles colocaba a éste en una posición de minusvalía y a aquél en una de superioridad, no sólo espiritual sino también intelectual. Le dijimos que esa era precisamente nuestra intención, que lo que queríamos al confrontarlos, era poner de manifiesto la superioridad -espiritual, pero también intelectual- de Jesucristo. Que mi intención era evidenciar el salto que la Civilización Occidental había dado al pasar de la Filosofía Griega al Cristianismo. Y que, más allá de esta confrontación específica, lo esencial era destacar la superioridad de la Religión sobre la Filosofía.

Alfredo refunfuñó afectuosamente, y más afectuosamente todavía me dijo que eso era “un poquito” contradictorio. Porque poner a Jesucristo en ese plan de quién es superior a quién en el ámbito espiritual, carece de sentido. Y mucho más si el reto viene del propio Jesús. Me quedé dudando y, como el título de este libro es tan importante para mí, decidí consultarle al lector.

1. Las seis carencias básicas de la Filosofía Griega

Para comprender mejor la crucial relación entre Jesucristo y Aristóteles, es decir, entre el Cristianismo y la Filosofía Griega -relación ésta que a su vez es clave para captar los componentes más profundos de la Cultura Occidental; para comprender todo esto, decíamos, nada mejor que familiarizarse con seis (6) deficiencias o carencias básicas de la Filosofía Griega, 6 nociones que al no estar presentes generan una cosmovisión -o sea, una visión del mundo, del hombre y de la sociedad- radicalmente distinta de la que se podría generarse si poseyéramos dichas 6 claves.

Pero hay que precisar, además, un detalle nada irrelevante a los fines de entender a Occidente: no sólo esas 6 nociones no estaban en la Filosofía Griega, sino que -lo más importante- todas ellas **fueron aportadas o introducidas por el Cristianismo**. No por la Filosofía Moderna, como tiende a creerse, sino por el Cristianismo. No fue Descartes el que produjo el famoso “Giro Cartesiano” hacia la conciencia, la subjetividad -el individuo, la persona y el papel activo del pensamiento- **fue el Cristianismo**. Un detalle que, como ya dijimos, no es irrelevante. Porque es necesario desmitificar la historia de la Civilización Occidental. Es necesario corregir una idea errónea que se ha impuesto como una verdad inapelable en nuestra cultura: que fue la Filosofía Moderna la que, a partir del siglo XVII, produjo el giro hacia la libertad y la conciencia individuales, que fue -tan tardíamente como en ese siglo- cuando Occidente vino a romper con las concepciones de la Filosofía Griega; aquellas según las cuales era posible captar la realidad “en

sí misma”. La verdad es que Descartes, Kant, Hegel y compañía no hicieron sino desarrollar una versión laica de lo que el Cristianismo, mucho antes, había postulado.

Aunque es necesario reconocer, por supuesto, que fue el propio Cristianismo el que dio pie a dicha mitificación. Porque en el origen de ella está la creencia según el cual la religión cristiana podía encontrar una base intelectual sólida en la fusión con el pensamiento o logos platónico-aristotélico. Fusión ésta que podía justificarse en la Edad Media, pero que inexplicablemente -a pesar de las profundas y profusas críticas a dicho logos- se ha mantenido hasta nuestros días.

Por todo ello, vale la pena reflexionar sobre esas 6 nociones que la Filosofía Griega no llegó a desarrollar. Nociones éstas, todas ellas, estrechamente relacionadas, superpuestas, imbricadas o emparentadas entre sí. Enumerémoslas ahora, para tener una idea general del conjunto y analicemos en este capítulo las dos primeras:

1. La noción o intuición de la **Creación Exnihilo**, estrechamente ligada a la de pensamiento activo; no meramente cognoscitivo y, menos aún, contemplativo.
2. La noción o intuición de la **Nada**.
3. La noción o intuición de lo **Absoluto**.
4. La noción o intuición del **Infinito**.
5. La noción o intuición de **Persona**, irreductible al concepto de persona. Y estrechamente ligada a las nociones de Libertad y Responsabilidad Individuales.



6. La noción o intuición de **Subjetividad**, estrechamente asociada a la de autoconciencia. Esto es, a la idea de estar conciente de sí mismo; y de tener conciencia de que se tiene conciencia de las cosas.

2. La Creación Exnihilo. Una idea preliminar: la muy arraigada creencia de que sólo los artistas son creadores

Extraña y paradójicamente, el hombre occidental actual tiene clara la idea de que algunos de nosotros pueden ser **creativos**; en el caso de la publicidad, es evidente que hay “creativos”; y también tiene conciencia de que los artistas son **creadores**; pero es obvio que dicho hombre occidental no está consciente de que todos los humanos -y no sólo los artistas- son creadores, de que lo esencial del hombre es ser creador. De que todos ellos -aún los más ignorantes o incultos, estén o no conscientes de ello- por el sólo hecho de ser humanos son creadores. Y que quede claro: cuando decimos que el hombre occidental no se siente ni se tiene por creador no nos referimos al ser común y corriente, a la gran masa de ellos, que no tuvo la suerte de acceder a la cultura, gente que no tiene la menor posibilidad de plantearse siquiera la noción de Creación. ¡Nos referimos a los hombres y mujeres cultos de Occidente!

Nos referimos al hombre o mujer educados o eruditos que leen ávidamente novelas, disfrutan la música clásica o se extasían contemplando una pintura; a los que son capaces de desarrollar un razonamiento impecable y profundo, sea en el terreno de la economía, la política o el derecho; pero que no han captado ni la noción de Creación Exnihilo, ni su propia capacidad de crear.

Porque todavía nuestra cultura -a pesar de los 2000 años de Cristianismo- sigue sin asumir o internalizar la noción de Creación Exnihilo... cuando ésta es atribuida al hombre. Los Occidentales cuando son cristianos, atribuyen la Creación Exnihilo exclusivamente a Dios y no al hombre. Y para los que no son cristianos y/o se adscriben al paradigma positivista, racionalista o científico, dicha noción carece de sentido. (Crear exnihilo, significa crear a partir de la Nada; que en latín se dice Nihil).

3. La inspiración divina

Una idea que ayuda a comprender la carencia de esta noción de Creación Exnihilo, fue el hecho de que a lo largo de los primeros 1500 años del Cristianismo, esto es, durante toda la Edad Media ¡ni siquiera los artistas creaban! O no sabían que creaban, se les imponía que ellos no creaban. Cualquier cosa que pudiese parecer una creación se la atribuía a una “inspiración divina”. Obvio, **¡porque sólo Dios podía ser creador!** Luego, cuando advino el Renacimiento, cuando Miguel Ángel, Leonardo, Rafael y tantos otros empezaron a mostrar claramente que el hombre era capaz de crear -¡y a partir de la Nada!- entonces empezaron a estremecerse las bases más profundas de la concepción y de la comprensión de lo humano. Pero, claro, se trataba de grandes genios. Ellos tal vez fuesen creadores, pero no así los hombres comunes y corrientes. Estos eran simplemente lógicos, racionales, científicos, pragmáticos, “prácticos”, activos o, a lo sumo, críticos, cualquier cosa menos creadores.

Pero en la Edad Media cristiana ya existía al menos la idea de la Creación Exnihilo, al menos

Dios podía crear, por mucho que anduviese en plan monopólico. El mundo griego, no tenía siquiera la noción de Creación y tampoco, por supuesto, la de que el hombre pudiese crear. ¡Ni aún los artistas! Cuando Fidias, Praxíteles o Mirón esculpían, estaban indudablemente creando, ¡pero ellos no lo sabían! no se pensaban a sí mismos como creadores; ellos simplemente **hacían** sus obras. No creaban, **hacían**, igual que un artesano, un agricultor, carpintero, alfarero o barrendero. Ninguno de estos pone nada que sea absolutamente nuevo en la realidad. O al menos, eso creían ellos. El agricultor abre mecánicamente un surco en una tierra que **ya tiene** una determinada fertilidad y echa en ella una semilla que **ya tiene** los componentes que luego generarán -no crearán, sino generarán- el árbol. De la misma forma el escultor, que ya tiene la imagen del Discóbolo, **hace** su escultura con materiales que ya existían.

La visión que el artista griego, y en general la cultura griega, tienen del arte es la de una reproducción o copia de la realidad. El arte, lejos de ser una creación, es simplemente una mimesis, una imitación de la realidad. No es por casualidad que Platón se refería despectivamente a él -al arte- diciendo que era una copia de otra copia; una copia de las cosas del mundo real, que eran ya copias de las Ideas.

4. ¿Qué es entonces crear? ¿Qué significa crear exnihilo, o sea, a partir de la Nada?

Lo primero que hay que tener claro para aproximarse a la noción de Creación Exnihilo, cuando ésta atañe al hombre, es que **no es una idea fácil de comprender**. Precisamente

porque no pertenece a la esfera de la Razón. El instrumento con el cual Occidente nos ha enseñado, y acostumbrado, a comprender las cosas, la realidad y el mundo. Pero, no es sólo que la idea de Creación no pertenece a la esfera de la Razón, es más bien su antítesis, su opuesto. Razonar, como quiera que se lo mire es **relacionar**, deducir o derivar una conclusión a partir de un contexto, unas premisas o, simplemente, una realidad anterior. La conclusión de un razonamiento no surge -hablando precisamente de ella- de la Nada, se deduce **necesariamente** de unas premisas. A eso estamos acostumbrados y por eso la Deducción -a diferencia de la Creación- nos resulta tan fácil de captar o de entender. Crear es entonces, como primera aproximación, **poner** en la realidad una idea que no deriva de ella, de ninguna realidad exterior o anterior; una idea que no deducimos, que no **sacamos** de la realidad. La **ponemos** en ella. ¡¡Una idea que no proviene del Mundo sino del Espíritu!! Retenga el amigo lector esta reflexión para ir la desarrollando juntos.

Decíamos que la Creación Exnihilo, cuando atañe al hombre, no es fácil de captar, entre otras cosas, porque estamos acostumbrados -para aceptarla o rechazarla- a la noción de Creación cuando ésta es ejecutada por Dios. En cuyo caso, dicha noción es considerablemente distinta de aquella que atañe al hombre. La idea de Dios creando al mundo -al Universo en toda su inagotable infinitud- a partir de la Nada, es imposible de comprender racionalmente, sólo podemos creerla o no, aceptarla o no, pero no podemos comprenderla. Entre otras cosas, porque la noción de una Nada Absoluta que

habría “existido” antes de la creación del Mundo es definitivamente impensable. En ese terreno, Parménides no andaba del todo descarriado.

Cuando, por el contrario, se trata del hombre, la idea de la Creación Exnihilo -es decir, la idea de crear a partir de la Nada- es un poco menos difícil de comprender. Porque no se trata en este caso de crear cosas materiales, unos cuantos planetas y galaxias, cometas y asteroides ¡el conjunto del Universo! una pareja de amantes -Adán y Eva- un paraíso terrenal, un árbol con manzanas, etc. No se trata de crear cosas materiales, sino de crear en el sentido de poner en la realidad ideas, sentimientos, emociones, pasiones, interpretaciones o “lecturas”, acciones, valores morales o decisiones ¡que no derivan, que no se deducen de ninguna manera a partir de la realidad! Y no porque nosotros -o unos lógicos altamente eficientes- no sepamos deducirlas, sino porque es imposible deducirlas a partir de la realidad. Razón por la cual decíamos que la idea de Creación es antitética de la idea de Razón.

5. De por qué era imposible que la Filosofía Griega tuviese la noción de la Creación Exnihilo

La Creación es radicalmente antitética de la Razón, opuesta a ella. “Razón” por la cual, paradójicamente, ésta puede ayudarnos a comprender a aquélla. Toda la Filosofía Griega está signada, marcada a profundidad, por la Razón. Todo debe tener -¡tiene que tener!- una explicación o comprensión racional. Recordemos siempre que Racionalidad es sinónimo de Relacionalidad: todo lo que es tiene que conectarse o **relacionarse** con las premisas o con la realidad

de la cual emerge. No sólo en el mundo exterior al Espíritu, sino también en el Espíritu mismo... creían los griegos. No sólo en la naturaleza, ¡sino también en la esfera de la moral! Puede que nosotros no la conozcamos, puede que sea muy difícil de establecer ¡pero todo tiene que tener una explicación racional! Aun en el plano de la moral, repetimos. Es una presunción radical, una idea que -todavía hoy- no se discute, que se acepta casi como un dogma. Uno de los tres o cuatro pilares básicos sobre los que se constituyó la Civilización Occidental, y que el Cristianismo no logró refutar.

Pero si todo tiene una explicación racional, si cada cosa está rigurosamente relacionada con algún contexto, con alguna realidad o premisas de las cuales ella emerge, esto quiere decir que en la naturaleza y, en general, en la Realidad, todo tiene que estar relacionado con todo, no hay vacíos, rupturas o fisuras. “La naturaleza no da saltos”, establece una máxima filosófica que sintetiza a la Filosofía Griega. Pero si todo ello es así, si en la Naturaleza y en el Mundo, todo guarda relación con todo, entonces Parménides habría tenido razón: “El Ser es y el No-ser no es”. Es decir, la Nada no es; la Nada es impensable y junto con ella, también la Creación. El Ser Humano no haría más -y no tendría más- que conectarse o insertarse en su contexto, **relacionarse** con sus premisas, con la realidad y, a partir de ella, deducir o derivar todo.

De alguna manera, la gran filosofía griega - Platón y Aristóteles, y con ellos la noción de Razón y aún la idea del Devenir, del cambio y el movimiento- se mantienen fieles a la idea de

Parménides que fundamenta dicha filosofía: “El Ser es y el No-Ser no es”. El No-Ser, es decir, la Nada no es, o sea, no puede ser pensada. La cosmovisión de los griegos está centrada en el Ser y no en la Nada. El devenir, el cambio y el movimiento son estados, o estadios, absolutamente secundarios o derivados, que se producen **dentro** del Ser. No es que lo esencial del Ser sea el Devenir -como había sostenido un ilustre disidente, Heráclito- sino que el Devenir se produce **dentro** del Ser. Éste deviene, cambia, se transforma, pero siempre por alguna razón, esto es, manteniéndose dentro del Ser, en relación con él; manteniendo lo esencial de su Ser **y, sobre todo, del Ser**. Tal como habría querido decir Parménides.

En Platón las Ideas existen separadas de la realidad sensible, pero de ninguna manera son creadas, o siquiera producidas, por el hombre. El alma simplemente las recuerda -teoría platónica de la reminiscencia- de vidas pasadas. En Aristóteles, esta situación -es decir, la negación del pensamiento como creación- es aún más clara: los contenidos de las ideas o conceptos están inmersos en la realidad y la mente apenas los descubre y los constituye en ideas o conceptos. O, más exactamente, los expresa como conceptos. En ambos grandes filósofos, no sólo la mente no crea a las ideas, sino que el planteamiento es más radical aún: **¡la mente es estrictamente contemplativa!** El hombre sale de la Caverna sólo para contemplar las ideas, no para ponerlas en la realidad, no para crearlas; sale para descubrir algo que ya existe. Sale para encontrarse con dos realidades que no son, ninguna de ellas, producto

o creación de nadie: el mundo sensible y las Ideas.

6. Esas pequeñas fisuras o vacíos -difíciles de percibir- que se van abriendo en la Realidad y en la Racionalidad

Sin lugar a dudas “La naturaleza no da saltos”, pero, también sin lugar a dudas, **¡¡el Espíritu Sí!!** En la Naturaleza y en la Realidad externa a nosotros, todo está relacionado con todo y es imposible o, más bien, impensable, que no sea así. En la Naturaleza y en el Mundo, es **necesario, inexorable o forzoso**, que cada cosa o ente esté en relación con su contexto. La mente humana -analítica o metodológicamente- puede separar a las cosas de ese contexto, pero ello es tan sólo una operación mental, una abstracción lógica o analítica. “En la realidad”, las cosas del Mundo no se pueden pensar sino en el Mundo, en relación con el mundo, y eso es ya un contexto. El más general de todos ellos.

En el Espíritu estamos ante una realidad radicalmente distinta. Allí las cosas, entes, ideas, pasiones o sentimientos, pueden existir -y no como abstracción lógica, sino como realidades- desconectadas de todo, sin relación con ninguna otra realidad. En un determinado momento, un determinado contexto -espiritual y/o material- puede indicarme que ¡no debo perdonar una ofensa! Mi espíritu es absolutamente libre para perdonar o no; puede hacer lo que el contexto le indica, pero es también libre para hacer exactamente lo contrario. Puede dejarse llevar por las “razones” que tengo para no perdonar, ¡pero con esas mismas razones, puede perdonar! Allí



se produce una ruptura, una fisura en la realidad espiritual. Llamamos fisura o ruptura al hecho de que, con exactamente las mismas razones, pueda yo perdonar o no, respetar o no, matar o no, hacer algo o hacer exactamente lo contrario. Lo que yo haga, la alternativa que escoja, deja entonces de tener conexión con el contexto, puesto que siendo éste el mismo puedo hacer X o lo contrario de X.

De donde viene a resultar que el Espíritu está lleno de fisuras, es casi una sola fisura. Porque son muy frecuentes aquellos casos en los que él es absolutamente libre, es decir, en los que con el mismo contexto puede hacer Z o lo contrario de Z.

El espacio y el tiempo, en el mundo exterior, en la naturaleza, **no tienen fisuras**, ni vacíos, ni saltos. Si en un determinado recipiente caben tantos litros o metros cúbicos de agua, ¡eso es! no caben más; o si el espacio que debo saltar es de tres metros y yo en mi mejor esfuerzo a duras penas salto dos, no hay dudas, ¡no podré dar ese salto! Si en una hora de mundo exterior, es decir, de reloj, caben 60 minutos, ¡eso es! no cabe ni un segundo más; o si la cita es a las 12, faltan diez para las 12, y estoy a media hora del lugar, sin la menor duda ¡llegaré tarde! En el espacio y en el tiempo exteriores no hay fisuras, la realidad es una sola y nosotros no podemos modificarla; en el espacio y el tiempo interiores o espirituales ¡lo esencial son las fisuras! A ese espacio y a ese tiempo, los conformamos nosotros: siempre cabe un amigo o una solidaridad más; o un mayor margen de honestidad ¡Un rencor o una

mezquindad más! El tiempo espiritual se estira y se encoje; cuando estamos angustiados dura una eternidad, cuando somos felices pasa sin darnos cuenta, fugazmente.

La Razón y la Racionalidad tienen menos fisuras, dan menos saltos aún, que la Naturaleza. Porque la Razón es precisamente una construcción humana que excluye expresamente las fisuras, los saltos, vacíos o discontinuidades; que busca más bien descubrir todas las relaciones de un ente con todos los demás, con la totalidad de su contexto, con la realidad en toda su plenitud y en todas sus posibilidades. Razonar es relacionar la conclusión con las premisas y **Racionalidad** quiere decir **Relacionalidad**, no lo olvidemos. El espíritu es, por el contrario, la Libertad Absoluta. Puedo establecer relaciones entre mis diversas realidades o componentes espirituales -pensamientos, sentimientos, pasiones, valores morales, emociones, resentimientos, etc.-, pero igualmente puedo no establecerlas, puedo suavizarlas o endurecerlas; o puedo generar relaciones distintas, etc. De un conjunto de premisas puedo deducir que debo hacer algo ¡pero puedo hacer exactamente lo contrario! En eso consiste precisamente la Libertad... y la tragedia maravillosa que es la vida humana.

La Razón intenta hacer en el Espíritu -o con el Espíritu- lo que aprendió a hacer en el Mundo o con el Mundo. Establecer relaciones que ella, a partir de determinados criterios, presupone racionales. Pero en el Espíritu ello carece de sentido, porque en él no hay premisas dadas de las cuales partir. Nada **ES** de una determinada manera. Todas esas premisas podemos cambiarlas los humanos.

¡Y entonces viene la crisis de valores! En la naturaleza, la coherencia se nos impone de manera aplastante. Un odontólogo puede “decidir” poner la anestesia después de haber sacado la muela, o un ahorrista puede también “decidir” ahorrar cuando las tasas de interés son negativas -es decir, cuando la tasa que el banco le paga es inferior a la tasa de inflación o sea, cuando en lugar de ahorrar está desahorrando-; ambos, el odontólogo y el ahorrista pueden tomar esas “decisiones”. Pero en lugar de decisiones se tratará simplemente de actitudes irracionales. Porque la coherencia -en ambos casos- se les impone de manera inapelable. Ir contra ella carece por completo de sentido.

En el Espíritu nada de ello **ES** u ocurre así, nada se nos impone de manera aplastante; porque en él no hay ninguna Racionalidad rigurosa que opere, es decir, nada que “sea de una manera y no pueda ser de otra”; y, sobre todo, nada que se nos imponga inapelablemente, nada respecto de lo cual no podamos pensar lo contrario, o simplemente pensar de manera diferente. Que es lo que Platón y Aristóteles no podían de ninguna forma aceptar: **¡¡¡Que en el Espíritu no rige, no existe, ninguna Racionalidad!!!** Que ésta rige para el mundo y para la Naturaleza, pero que para lo que es realmente esencial, para el núcleo crucial de lo humano, para el Espíritu, no rige.

7. Más Antígona y menos Platón.

Esta renuencia de los grandes filósofos griegos a aceptar la imposibilidad de que la Racionalidad rija para el Espíritu, podemos leerla -y analizarla- en un párrafo de Rüdiger Safranski, filósofo alemán de las últimas generaciones; un texto muy sugestivo, pero también muy ambiguo:

En la antigüedad griega se dio una competencia entre la curiosidad teórica representada por la filosofía, y el arte de la tragedia. Platón no apreciaba la tragedia, pues la sabiduría de ésta se cifra en dejar ciertas cosas en la oscuridad o en la indecisión. Recordemos el drama entre Antígona y Creonte, tal como Sófocles lo llevó a escena. En realidad, los dos, Antígona y Creonte tienen razón, lo cual origina una colisión terrible, que conduce a un desenlace trágico. Un filósofo como Platón no puede aceptar que ambos tengan razón; para él, ir al fondo de las cosas significa poder tomar una decisión clara sobre el bien y el mal. **El recto logos sabe lo que está bien.** Desde el punto de vista platónico, sólo se llega a la tragedia cuando la falta de conocimiento ofusca las situaciones en las que nos hallamos inmersos. (Safranski) “¿Cuánta globalización podemos soportar?,” Tusquets Editores, (pp 10-11). Negritas nuestras).

Decimos que es un párrafo ambiguo porque -tal como está redactado y asumiendo que la traducción sea buena- pudiera pensarse que **siempre y de verdad**, “el recto logos sabe lo que está bien”; que él, es decir, el pensamiento racional, es el que nos permite “tomar una decisión clara entre el bien y el mal”, discernir qué es lo bueno y qué es lo malo ¡y nada de ello es verdad!; pudiera creerse o derivarse -del párrafo, insistimos- que la Razón, el logos, es capaz de dilucidar las confrontaciones trágicas entre los seres humanos ¡y ello tampoco es verdad!; pudiera pensarse que Platón acierta al afirmar que “sólo se llega a la tragedia cuando la falta de conocimiento ofusca” a los seres humanos ¡cosa que no es cierta!; pudiéramos inferir, finalmente, que Safranski aprueba lo que él dice que Platón cree: que la sabiduría de la tragedia “se cifra en dejar ciertas cosas en la oscuridad o

en la indecisión” ¡y ello carece por completo de sentido!

Nada de ello es verdad porque: a) No es cierto que la tragedia griega “deje algunas cosas en la oscuridad o en la indecisión”, es que **hay** ciertas cosas que están y permanecen en la oscuridad, en el más absoluto e indescifrable **misterio** y que lo estarán por más que razonemos y conozcamos nuestra mente o la realidad que tenemos por delante. b) No es que la tragedia “deje cosas en la indecisión”, es todo lo contrario, es que los hombres toman y, sobre todo, **asumen** determinadas **decisiones** a partir de sus “razones particulares” y estas decisiones no tienen por qué ser conciliables con las de los demás. c) No es que “sólo se llega a la tragedia cuando la falta de conocimiento ofusca” a los seres humanos, es que con todo el conocimiento que podamos tener -o el que puedan tener Antígona y Creonte-, es factible que tengan valoraciones morales distintas, para no hablar de pulsiones hormonales distintas, **irreductibles a la razón**, que los lleven -todas ellas- a la confrontación. Es la trágica ilusión de los grandes filósofos griegos de pretender que los problemas morales se podían dilucidar razonando, es decir, que las confrontaciones de valores eran siempre conciliables... apelando a la razón. Confrontaciones que sólo en el Amor al Prójimo, esto es, en la esfera de lo religioso, pueden tener alguna posibilidad de ser resueltas.

Pero continuemos, sólo que intentando aproximarnos ahora al núcleo central del problema. Nada de lo que hemos interpretado de Safranski en el penúltimo párrafo es verdad, porque: d) dilucidar o discernir acerca de qué

es el bien y qué es el mal no es un asunto que el pensamiento racional pueda resolver, es uno que atañe a la moral, a los valores, posiciones o concepciones éticas que los seres humanos asumen en lo más profundo de su Espíritu. e) Valores o posiciones éticas, a los que no se llega razonando sino escogiendo libremente opciones morales. Opciones morales que pueden ser radicalmente opuestas ¡a pesar de tener todas ellas exactamente el mismo contexto, conjunto de premisas o estructura de razonamientos!

Y ahora sí, el núcleo central de todo, f) ¿Quién tenía la “razón”, Antígona o Creonte? **¡¡Porque no es cierto, como dice Safranski -en aparente disensión respecto de Platón- que “los dos, Antígona y Creonte, tengan razón”!!** Platón podría eventualmente haber estado en lo cierto al rechazar “que ambos tengan razón”... si se tratase de un problema puramente racional; si Antígona y Creonte hubiesen estado ante una confrontación lógica, es decir, si partiesen de las mismas premisas, si éstas fuesen inequívocas y si entre ellas existiera una estructura racional única que no se prestase a interpretaciones diversas. Si en esas condiciones, Antígona y Creonte hubiesen sacado conclusiones distintas, Platón habría tenido toda la “razón” al decir que no podía ser que los dos tuviesen la razón. Pero esa, que ciertamente es la preocupación fundamental del gran filósofo griego -la “curiosidad teórica” de la filosofía, de la que habla Safranski- nada tiene que ver con la dura y trágica realidad que viven Antígona y Creonte, ellos no están discutiendo racionalmente, sino enfrentándose existencial o vivencialmente. No es que los dos tengan razón, como dice Safranski, sino que los dos tienen posiciones

morales, hormonales y existenciales radicalmente encontradas e irreductibles. Posiciones frente a las cuales la razón nada tiene que buscar.

Confrontaciones estas, ante las que sólo la ética tiene algo que decir. Pero no una “ética laica”, por supuesto, sino una profundamente enraizada en la religiosidad. Una que pueda llevar a los hombres a cambiar las premisas de las que parten y a poner el Amor al Prójimo por encima de los egoísmos, las mezquindades y las pequeñeces que conforman **lo esencial de la “animalidad humana”**. Ni Platón ni Aristóteles, tienen en su arsenal nada lo suficientemente contundente que oponerle a Sófocles, Eurípides o Esquilo; a la profunda tragedia humana, a la verdadera tragedia, la que emana de la Libertad Absoluta del Espíritu, a la que a veces erróneamente se llama irracionalidad; la presión que las hormonas, las pasiones, los odios, los intereses, las mezquindades y la animalidad ejercen sobre el Alma. Misterios infinitos frente a los cuales el conocimiento racional no pasa de ser un arañazo en la superficie de la realidad, un darse cuenta de cual es el problema sin que por ello esté en el conocimiento la posibilidad de resolverlo. Frente a Sófocles, frente a la tragedia griega, frente al drama infinitamente complejo de lo humano, apenas si Jesucristo, el Cristianismo y todas las demás religiones tienen algo que decir.

Porque no se trata -como dice Safranski- de la “competencia” entre, por un lado, la “curiosidad teórica de la filosofía”, que no puede sino mantenerse en el plano de las abstracciones racionales inevitablemente separadas de la realidad y, por el otro lado, el arte

de la tragedia; se trata de la confrontación entre dichas abstracciones o **curiosidades teóricas** y la existencia concreta, dramática o trágica, que conforma la vida de los hombres.

8. Un perro puede maullar y hasta cazar ratones

Volviendo al final del punto 6: podemos darle a nuestro Espíritu una sólida coherencia, pero rápidamente descubriremos que esa coherencia, esa consistencia entre las premisas y las conclusiones, nada tiene que ver con el mismo fenómeno, cuando éste se da en la naturaleza, en la realidad exterior al Espíritu. En este caso, la coherencia es absolutamente inmodificable, no depende de nosotros. En la naturaleza o en la realidad exterior al Espíritu, la lógica se nos impone, **querrámoslo o no**. La realidad espiritual o ética, por el contrario, no se nos impone; ante ella somos plenamente libres. Libres para quitar y poner premisas. Un perro no tiene que hacer el menor esfuerzo para ser coherente con su Ser, con su Esencia. Él está sometido a una lógica rigurosa. ¡¡Aún si maúlla, en lugar de ladrar; o si “le da” por cazar razones en lugar de procurarse huesos... por alguna razón será!! Alguna explicación habrá. Porque es absolutamente impensable que un perro maúlle y cace ratones. Porque él, como todo lo que existe en la naturaleza, tiene una manera de ser definida, tiene -en términos aristotélicos- una esencia o una substancia... **¡¡nuestro Espíritu no!!**

Rápidamente descubrimos que en la Naturaleza y en toda la Realidad exterior al Espíritu, incluido nuestro cuerpo, las relaciones entre las cosas, la conexión entre la conclusión



y las premisas o entre cada ente y su contexto, no sólo son plenas -esto es, no solo excluyen las fisuras, los saltos y la Nada- sino que ellas **SON** de manera natural, ¡no necesitan que nadie las sostenga o imponga! Todo lo contrario, ellas se nos imponen a nosotros. Cuando un perro maúlla; o cuando al subir la demanda el precio no sube sino que inexplicablemente baja, podemos estar absolutamente seguros de que alguna explicación habrá. ¡¡Porque así como es impensable que un perro maúlle, es igualmente impensable que la demanda de un bien suba sin que suba su precio!! Si, no obstante, el perro maúlla y el precio baja, alguna explicación tiene que haber. Porque se trata de realidades necesarias, naturales, que **SON ASÍ**, que no pueden ser de otra manera, que no dependen de ninguna otra cosa, que no necesitan que nadie las garantice, ¡ni que nadie haga esfuerzos para mantenerlas coherentes!

En el Espíritu humano, por el contrario, las relaciones entre sus diversos componentes, entre unos valores morales y la necesidad “lógica” de comportarnos de acuerdo con ellos; entre, por ejemplo, decir que somos honestos y responsables y la consecuencia “lógica”, que sería comportarnos como tales; esa relación entre dos cosas, entre dos realidades, entre unos valores y unos comportamientos **NO ES ASÍ**, no se da necesariamente, ni de manera natural, ¡alguien tiene que garantizarla! El Ser Humano tiene que garantizarla. **¡¡¡Pero, al mismo tiempo puede no garantizarla!!!** Allí aparece, allí asoma su rostro peligroso, la noción de la NADA. Es decir, el hecho de que con las mismas razones, los mismos valores morales, las mismas premisas y el mismo contexto, con las mismas tradiciones

y costumbres, con todo lo demás absolutamente idéntico, podemos actuar de maneras muy diversas... y aún antagónicas.

9. La noción de la NADA

Parménides -junto con Heráclito- uno de los dos grandes fundadores de la Filosofía Griega, había dicho que “El Ser es y el No-ser no es”. Pero estaba profundamente equivocado. Tras él se fueron Platón, Aristóteles y en cierta forma, hasta el sol de hoy -a pesar del Cristianismo y de la Filosofía Moderna- toda la Civilización Occidental. Gracias a aquel punto de partida provisto por Parménides y aceptado como un axioma que nunca se puso seriamente en discusión, Occidente todavía -como cultura- no ha podido acceder a la noción de la Nada. Algunos filósofos y poetas lo han logrado, pero nuestra cultura sigue siendo griega. Sigue siendo una cultura del Ser y el Devenir, no una que se nutra de confrontar el Ser y la Nada. **Es decir, sigue siendo una cultura que -por sus cimientos más profundos, por constituirse sólo a partir del Ser y el Devenir, por no asumir la Nada- no puede sino preocuparse por la ciencia y dejar de lado tanto al Espíritu como a la Moral.** Porque sólo a partir de la Nada puede plantearse con propiedad la comprensión de las esferas básicas en las que se constituye el Ser Humano: la ética, la estética y la religiosidad.

Porque ciertamente, Occidente como cultura aún no ha asumido que en la esfera de la moral -a diferencia de la Naturaleza, el Mundo y la Realidad exterior- **¡no hay una relación necesaria entre tener valores y respetarlos!** Usted y yo, amigo lector, podemos tenernos por

honestos y responsables. Eso no importa mucho. Lo que realmente importa es que cuando nos toca actuar honesta o responsablemente tenemos que hacer un esfuerzo para lograrlo ¡¡No es natural, ni necesario que lo hagamos!! Tenemos que hacer un esfuerzo para ser honestos y responsables. Un esfuerzo que dependerá, obviamente, del grosor -y del color- del fajo de billetes con el que pretendan sobornarnos. El ser honestos o responsables, no es una deducción que hacemos, sino una decisión que tomamos. Y tenemos que tomarla en cada caso concreto, ante cada presión, tentación, chantaje o amenaza concreta. Porque -con los mismos valores- podríamos hacer exactamente lo contrario. Tenemos la posibilidad de hacerlo o de no hacerlo. De ser honestos o no, responsables o no. **Porque no hay ninguna conexión necesaria entre nuestros valores morales y nuestro comportamiento moral.** ¡¡Ese instante de decisión -o de duda- es la expresión más plena de la Nada!!

Porque si de verdad podemos respetar nuestros valores... ¡o no respetarlos! ello quiere decir que de nuestra decisión -del hecho concreto de que escojamos una u otra de esas dos posibilidades- dependerá lo que la Realidad sea en el futuro. Y las dos realidades que de allí puedan surgir, podrían llegar a ser radicalmente distintas. Es decir, ninguna de ellas se deriva o se deduce ni de la realidad anterior a la decisión, ni de mis valores, puesto que con exactamente la misma realidad y los mismos valores puedo hacer una cosa o la otra, ser honesto o agarrar el fajo de billetes verdes. Ser responsable o no. Mi decisión es ¡una fisura en la realidad! O, más exactamente, en la Racionalidad. Cualquier decisión, cuando de

verdad lo es -matar o no a un enemigo, perdonar o no una ofensa, invadir o no a Irak- cualquiera de estas opciones **parte en dos la realidad**, crea una realidad radicalmente distinta de la que habría existido si la decisión hubiese sido la opuesta. Ese momento o instante que “desconecta” la realidad, que “desconecta” el pasado del futuro, que rompe radicalmente toda relación entre las premisas y la conclusión, entre el contexto y lo que de él pueda emerger, entre la realidad dada y la que surgirá de la decisión, ese instante es la Nada. O, más expresivamente, **Una Nada**. Un infinitésimo de tiempo que no forma parte del Ser. O, al menos, no del Ser Racional.

Lo que a partir de ese instante el hombre haga será una Creación Exnihilo, la creación de una realidad que no tiene absolutamente nada que ver con la anterior, con el pasado, las premisas, el contexto, el mundo, etc. Será una nueva realidad generada por el Espíritu, no a partir de la realidad anterior sino a partir de sí mismo.

Porque cuando de una realidad o de un determinado contexto dado puede emerger algo, pero -gracias a una decisión- puede también emerger lo contrario, sólo metafóricamente podemos decir que lo que finalmente emergió provino de dicho contexto. En cierta forma - muy general y metafórica, insistimos- provino de ese contexto, pero en lo esencial provino de la decisión, porque si ésta hubiese sido la opuesta, el resultado habría sido totalmente distinto. La nueva situación emergió de la Decisión, no de ninguna otra realidad. En cierta forma podemos decir que emergió de la Nada. Es un producto nítido de la capacidad creadora del hombre.

Trátase, en el plano de la estética, de producir una obra de arte; en el plano de la ética, de imponer la honestidad ante la tentación o presión concreta que la realidad ejerce; o en el plano de la religión de perdonar una ofensa o de comprender que “amar o respetar a los que te aman o respetan no tiene ningún mérito”, en tanto que el verdadero mérito y la verdadera Creación Exnihilo, es ver que haces con los que no te aman o no te respetan.

10. La Nada: esa fisura que nos saca de la Realidad y de la Racionalidad.

Para reforzar todavía más ese argumento, ese intento de comprender o de aproximarnos a la noción de la Nada -que para nosotros es lo esencial-, repitamos el planteamiento anterior referido a la Moralidad, pero ahora en el plano de la pura Racionalidad. Planteémoslo de la siguiente forma: si del análisis exhaustivo de un conjunto de premisas y de razones, de un contexto determinado o de una realidad específica, se deduce que yo puedo hacer X ó Z, X o lo contrario de X; si con las mismas razones puedo hacer dos cosas antagónicas, cuando yo escoja hacer X ¿podré decir que la escogí a partir de mi análisis exhaustivo del contexto, de las razones y factores que influían sobre dicha realidad? ¿Podré decir que mi escogencia provino o derivó del análisis racional y exhaustivo que hice? **Obviamente NO.** Porque con ese mismo análisis exhaustivo, con esas mismas razones, pude haber escogido Z, el opuesto de X. ¿Tendrá algo que ver o guardará relación mi escogencia -y las consecuencias radicalmente distintas que de ella podrían derivar- con el contexto o la realidad anterior?

Obviamente NO. Porque mi decisión genera una fisura en el Ser, ¡¡anula la realidad anterior y crea una nueva realidad!! Una realidad inédita que se constituye a partir de mi decisión. Pero como ésta no se funda ni se constituye a partir de la realidad, **sino de mi Libertad Absoluta**, bien podemos decir que se funda o se constituye a partir de la Nada.

Veámoslo todavía con ejemplos más concretos o más prosaicos. Si el médico que está ante el parto trágico en el cual tiene que salvar a la madre o al niño -y tiene que decidir rápido porque se le pueden morir los dos, la madre está semiinconsciente y el Comité de Ética del Hospital no se reúne ese día- si el médico está en esa situación, decíamos, está ante un problema moral inmenso, de su decisión depende quién de los dos muere y quién vive. Si en ese instante llega una biopsia que él había ordenado porque temía que la madre tuviese cáncer, si la biopsia es positiva y el cáncer terminal, toda su indecisión se acaba. Él sabe que tiene forzosamente que salvar al niño. En esas condiciones, salvar a la madre sería irracional, absurdo. La razón impone de manera inapelable lo que hay que hacer.

Moraleja: cuando tenemos razones contundentes que nos obligan o nos imponen hacer -o no hacer- algo, simplemente lo hacemos, hacemos lo que la Realidad o la Razón nos imponen. Pero cuando aún no ha llegado la biopsia, cuando tenemos razones poderosas para hacer algo (salvar a la madre) y razones igualmente poderosas para hacer lo contrario (salvar al niño); cuando con las mismas razones, el mismo contexto, la misma realidad, los mismos

determinantes, influencias o premisas, podemos hacer X y lo contrario de X -torturar o no a un prisionero que sabemos que tiene información valiosa que podría salvar unas cuantas decenas de soldados ¡o de niños! nuestros- cuando estamos allí, en ese punto preciso, estamos ante la **NADA**, ante un **NO SER**, ante un vacío en el SER. O, si preferimos un término menos abstruso, esotérico o “filosófico”, estamos ante una fisura, ruptura, quiebre o **suspensión** de la realidad; ¡¡ante la posibilidad de generar -o crear- una realidad radicalmente distinta, una realidad que nada tendrá que ver con la anterior, cualquiera que sea nuestra decisión!! Una realidad que empieza con dicha decisión.

Si de verdad, con las mismas razones o el mismo contexto previo podemos hacer X o su contrario, es evidente que nada de lo que hagamos, X o No-X, tendrá que ver con las razones esgrimidas. Ese instante de la decisión es un infinitésimo en el que el Ser o la Realidad se **suspenden**. El Ser deja de ser y cede el lugar a la Nada. Y lo que de allí surja no será ya producto de la Realidad, sino de nuestra Decisión. Será una creación estrictamente atribuible al hombre.

Ni la Nada, ni la capacidad humana de crear a partir de la Nada, podían entrar en una cosmovisión como la platónica-aristotélica, para la cual el Espíritu o el Alma formaban parte del mismo logos y se regían por la misma racionalidad que regía a la Naturaleza y a la Realidad externa. Para ellos -comprensible pero erróneamente- el Espíritu o el Alma formaban parte del mismo Mundo en el que estaban la Naturaleza y la Realidad. La posibilidad de concebir al mundo

del Espíritu, es decir, al mundo de la Nada, la Creación y lo Absoluto, como uno radicalmente distinto del mundo Natural, no estaba -ni podía estar- en el horizonte griego. La filosofía iniciada por Parménides y centrada en la noción de lo Uno, de la Unidad, esto es, en la necesidad forzosa de reducir todo lo que existe a Una sola realidad, no podía aceptar o asumir la existencia de dos mundos, de una dualidad alma-cuerpo o Espíritu-Mundo.

Dualidad ésta que es necesario aceptar cuando nos planteamos el problema de la Libertad Absoluta del Espíritu; cuando nos planteamos el reto ineludible de lidiar con un ente, el Espíritu, del cual la Nada, la Creación y lo Absoluto, son los componentes esenciales. Un ente que sólo puede ser abordado por la religión y de ninguna manera por la razón. Un ente que es, él mismo, la esfera de lo religioso.

